

## VERSION ESPAGNOLE

---

Julio se retiró a su despacho y permaneció sin hacer nada durante unos minutos. Acarició brevemente la idea de su posible ascenso y se felicitó por la habilidad con que había manejado los hilos de la trama para alcanzar este fin. Le disgustaba, sin embargo, el hecho de que la noticia no le hubiera proporcionado el grado de excitación o de alegría que él había imaginado para cuando llegara ese momento. Estaba a punto de alcanzar por su propio esfuerzo la cúpula del poder de una gran editorial, de una gran empresa, y no sentía por ello un gozo personal, como si las cosas más importantes de la vida dejaran de desearse en el momento mismo de alcanzarlas.

Sí le excitaba, sin embargo, el recuerdo de que esa tarde vería primero a su psicoanalista y después a Laura. Ambos constituían dos espacios de libertad personal, dos lugares en los que podía prescindir de los gestos más cotidianos y vacíos de las intrigas laborales, pero también del simulacro de comunicación que desarrollaba todos los días desde que se levantaba de la cama hasta que cerraba el círculo metiéndose otra vez en ella. Eran dos islas próximas y una facilitaba el acceso a la otra; cada una de ellas producía frutos diferentes, pero complementarios.

El tiempo no pasaba. Entonces Julio tomó el original de Orlando Azcárate y comenzó a leer el primer cuento, titulado *El Concurso*. Se narraba en él la historia de un escritor que cierto día concibe un plan perfecto para asesinar a su esposa, disfrazando el crimen bajo la apariencia de un suicidio. Desalentado finalmente por su incapacidad para llevar a la práctica este plan, decide aprovechar la idea para otro fin: el de escribir un cuento policiaco, que comienza ese mismo día y consigue terminar en dos semanas de trabajo. Satisfecho con el resultado, comete la maldad de enseñárselo a su esposa, quien, lejos de responder a esta nueva agresión dentro del infierno en el que se desarrolla la vida de ambos, le felicita y le anima a presentarlo a un prestigioso concurso literario. El escritor – halagado por esta reacción inexplicable – envía el cuento al concurso y regresa a sus odios y ocupaciones habituales. Al poco tiempo su mujer se suicida reproduciendo con fidelidad las pautas de la esposa del cuento. El escritor comprende que si su relato llegara a ganar el premio adquiriría la categoría de una autodenuncia frente a la que tendría muy pocos medios de defensa. Escribe entonces urgentemente a la organización del concurso reclamando el original. Al cabo de unos días, durante los que el escritor no deja de morderse las uñas de las manos y de los pies, recibe una breve y amable respuesta en la que se le comunica la imposibilidad de acceder a sus deseos, puesto que el jurado ha comenzado a leer y – de acuerdo con las bases – ya no se puede retirar ningún trabajo. Se le sugiere, no obstante, que se ponga en contacto con el presidente del jurado, en cuyas manos está el cuento.

El escritor, sintiéndose presa de una tela de araña inteligentemente urdida, se sobrepone a la desesperación y consigue obtener una entrevista con el presidente del jurado, quien le comunica que ya ha leído el cuento – que, por cierto, le ha gustado tanto que lo piensa defender y votar –, pero que lo ha devuelto ese mismo día a la secretaria de la organización convocante para que lo distribuya al resto del jurado. El escritor lo asesina y a partir de ahí comienza una auténtica pesadilla, en la que el autor del cuento policiaco ha de ir eliminando uno a uno a todos los miembros del jurado, ya que en las sucesivas entrevistas obtenidas con cada uno de ellos se le comunica que el cuento ha sido leído y devuelto. Todos, por cierto, le felicitan antes de morir por lo que consideran un magnífico trabajo.

Julio interrumpió la lectura en este punto y levantó la vista al techo. La historia le sonaba, pero decidió que todos los cuentos policiacos se parecían entre sí. Sin embargo, estaba muy bien desarrollado y brillantemente escrito. Prefirió no leer el final en el convencimiento de que sería decepcionante. No podía creer que Orlando Azcárate hubiera sido capaz de superar en el cierre del relato la calidad obtenida en el arranque y en el desarrollo central.